



La belleza  
y la riqueza  
de la  
misericordia

**LA BELLEZA Y LA RIQUEZA  
DE LA MISERICORDIA**

Editorial Misericordia

Texto

Las Hermanas de la Congregación  
de la Madre de Dios de la Misericordia

Título original

*Piękno i bogactwo miłosierdzia*

Traducción

P. Andrzej Koselak c.ss.r.

Xavier Bordas Cornet

Proyecto de la portada

Martin Kornas OCDS

Nihil obstat

Dr hab. Krzysztof Gryz

Imprimatur

Obispo Jan Szkodoń

Cracovia, 3 de enero de 2013, N° 8/2013

ISBN 978-83-63916-03-9

primera edición, Cracovia 2013

© Congregación de las Hermanas  
de la Madre de Dios de la Misericordia  
ul. Żytnia 3/9, 01-014 Warszawa

© Editorial MISERICORDIA de la Congregación de las Hermanas  
de la Madre de Dios de la Misericordia  
ul. Siostry Faustyny 3, 30-420 Kraków  
© (+48 12) 267 61 01, e-mail: misericordia@faustyna.pl  
tienda por Internet: [www.misericordia.faustyna.pl](http://www.misericordia.faustyna.pl)

# ÍNDICE

Introducción / 7

*Bienaventurados los misericordiosos  
porque obtendrán la misericordia / 9*

La misericordia cristiana como participación  
en la misericordia de Dios / 25

El valor moral de los actos humanos / 43

El acto de misericordia – relación interpersonal y recíproca / 63

El encuentro de personas en la relación de misericordia  
como comunión de amor en Cristo / 71

La misericordia y la verdad / 77

La misericordia y la justicia / 87

La relación entre la misericordia y la justicia / 97

La misericordia y el amor / 107

Falsos conceptos de la misericordia / 127

El espíritu de misericordia / 149

La misericordia como esencia de la perfección cristiana / 171

## INTRODUCCIÓN

La espiritualidad de los apóstoles de la Divina Misericordia se centra en el misterio del amor misericordioso de Dios hacia el hombre. La fascinación por esta verdad de la fe hace surgir en los fieles un deseo de reflejarla en su propio corazón y en las obras; conduce a formar su vida en el espíritu de confianza para con Dios y de misericordia para con el prójimo. Para que eso se desarrolle adecuadamente no basta con entrar en el misterio de la misericordia de Dios sino también hay que ir adquiriendo el conocimiento y los principios que llevan a un correcto desarrollo de la vida religiosa en este espíritu.

El libro *La belleza y la riqueza de la misericordia* abarca los temas tratados en el III año de formación de la Asociación de los Apóstoles de la Divina Misericordia FAUSTINUM. La temática está relacionada con la formación del adecuado concepto de la misericordia cristiana y la practica consiguiente. Hoy en día, muchas personas asocian la misericordia a la debilidad, la relacionan con la condescendencia o con la negación de la justicia. Así entendida la misericordia no nos puede llegar a fascinar y, de ahí, que eso no ayude a formar unas sanas relaciones interpersonales cristianas. Por eso, hoy es imprescindible descubrir la belleza y la riqueza de la autentica misericordia, que es la cima de la perfección cristiana. El estudio de los temas propuestos en esta publicación pretende ayudar a todos los apóstoles de la Divina Misericordia, especialmente a todos aquellos que siguen las huellas de la santa Sor Faustina.

## BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS PORQUE OBTENDRÁN LA MISERICORDIA

Los Apóstoles de la Divina Misericordia, a ejemplo de santa Faustina, aspiran a la unión con Dios por el camino de la confianza y la misericordia. La confianza para con Dios y la misericordia para con el prójimo no son dos caminos diferentes que conduzcan a la perfección, sino que ambos constituyen un solo camino que une estrechamente estas dos corrientes de la vida humana. A mayor confianza, se vive con mayor fidelidad el cumplimiento de la voluntad de Dios y se hace más profundo el espíritu de misericordia para con el prójimo.

La confianza en los escritos de santa Sor Faustina consiste en una actitud que abarca toda la vida del hombre en su relación con Dios, lo que se expresa en el cumplimiento de su voluntad contenida en los mandamientos y las obligaciones de estado de vida. Para vivir según la voluntad de Dios y cumplirla fielmente hay que buscar el designio de Dios en la propia vida, el bien temporal y eterno contenido en dicho designio, que es lo que le hace feliz al hombre, puesto que el bien pertenece a la misma esencia de los mandamientos de Dios. *Sólo Dios es bueno por esencia. Se dice que algo es bueno en cuanto que es, perfecto*<sup>1</sup>. Él mismo es la Bondad y sabe perfectamente *lo que es bueno para el hombre, y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos*<sup>2</sup>. Percatarse del bien que hay en los mandamientos de Dios permite ver la voluntad de Dios, contenida en ellos, como un don de la misericordia de Dios, profundiza la actitud de confianza para con Dios y ayuda a no limitarse a lo mínimo exigido por los mandamientos; es decir a no verlos como una serie de “mandatos” y “prohibiciones”,

1 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, c. 6, a. 3; <http://hig.com.ar/sumat/03.02.2012>).

2 Juan Pablo II, encíclica *Veritatis splendor*, 35.

sino que conduce a realizar en la propia vida el sentido interior de los mandamientos, y por lo tanto, a vivir según su espíritu. Interpretar los mandamientos en su forma más profunda y sacar la plenitud de su contenido significa no tratarlos *como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor*<sup>3</sup>. Sólo cuando los mandamientos se comprenden de ese modo, muestran la plenitud de la voluntad de Dios contenida en ellos y que constituyen el camino a la felicidad eterna señalada por el mismo Dios. Este camino abarca, además de los mandamientos, las bienaventuranzas<sup>4</sup>. Para alcanzar la felicidad perfecta no es suficiente cumplir los mandamientos, pues además, hay que vivir según el espíritu de las bienaventuranzas.

### ¿Que son las bienaventuranzas?

*Las bienaventuranzas no tienen propiamente como objeto unas normas particulares de comportamiento, sino que se refieren a actitudes y disposiciones básicas de la existencia y, por consiguiente, no coinciden exactamente con los mandamientos. Por otra parte, no hay separación o discrepancia entre las bienaventuranzas y los mandamientos: ambos se refieren al bien, a la vida eterna. (...) el Sermón muestra la apertura y orientación de los mandamientos con la perspectiva de la perfección*

3 Ibidem, 15.

4 *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros (Mt 5,3-12).*

Las citas provienen de la *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1999.

*que es propia de las bienaventuranzas. (...) Cada bienaventuranza, desde su propia perspectiva, promete precisamente aquel bien que abre al hombre a la vida eterna; más aún, es la misma vida eterna*<sup>5</sup>.

Las bienaventuranzas entendidas en su profundidad original son una especie de autorretrato de Cristo. Quien vive según las bienaventuranzas poco a poco se asemeja a Él y vive según Su Espíritu. La exhortación de Cristo a realizar las bienaventuranzas es una llamada a realizar en la propia vida la plenitud de la perfección cristiana, cuya medida es Él mismo. Entonces, en el mismo centro de las bienaventuranzas está Cristo y Su amor. Las bienaventuranzas expresan toda la excelencia y profundidad de la perfección cristiana, a la cual Cristo nos llama a todos; también descubren los horizontes de la felicidad eterna, para la cual fuimos creados.

Las ocho bienaventuranzas contenidas en el Sermón de la montaña son el mensaje de Cristo sobre la felicidad, que ha sido dirigido a todo cristiano, puesto que “bienaventurado” significa “feliz”. Todo hombre desea y busca la felicidad. El deseo de la felicidad fue inscrito profundamente en el corazón humano por el mismo Dios. Buscar la felicidad es, por lo tanto, algo natural y bueno, es decir, conforme con la naturaleza humana que el hombre recibió del Creador. *Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad* (CIC 1718). El término latino “beatitud” según santo Tomás significa “felicidad” y también “aquello que hace al hombre feliz”; por lo tanto, expresa el mayor bien, cuya posesión sacia todas las necesidades del hombre (felicidad), así como también consecución y posesión de este bien y la alegría por tenerlo (lo que hace al hombre feliz). Así entendida, la “felicidad” y “aquello que hace feliz al hombre” – “beatitud” – es el fin último del hombre<sup>6</sup>. El hombre es feliz, pues, cuando son completadas todas sus carencias y saciadas todas sus necesidades. Dios es el bien supremo, capaz de saciar todos los deseos del hombre. Él es la “felicidad” eterna y el fin

5 Juan Pablo II, encíclica *Veritatis splendor*, 16.

6 Cf. santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, c. 2, a. 7.

último del hombre. La “felicidad eterna” es la alegría de estar junto a Él y participar de su felicidad.

Todos los hombres desean ser felices: éste es el fin de sus esfuerzos en esta tierra. Sin embargo, con frecuencia, buscan la felicidad allí donde ésta no se encuentra, donde solo encuentran la indigencia y la degradación de su humanidad. Junto con toda la incertidumbre y a veces el determinismo que acompaña a sus múltiples búsquedas, no siempre tienen presente con claridad que finalmente el objeto de su búsqueda es el mismo Dios. A menudo, al buscar la felicidad, definen mal el fin de sus deseos y esfuerzos, y no saben ver su felicidad en Dios y en la unión con Él para siempre, sino que la buscan sólo en bienes infinitamente inferiores, pasajeros, como la riqueza, los placeres, los honores, la fama etc. Hacen de esos bienes un valor absoluto y tienden hacia ellos a toda costa, a menudo sin tener en cuenta los derechos de otras personas. Mucha gente comete ese mismo error. Muchos hacen depender su felicidad de la cuantía de sus posesiones o de la fama. Las riquezas y la fama son los dos grandes ídolos de nuestros tiempos. Es cierto, muchos hombres rinden homenaje a las riquezas. *Estos miden la dicha según la fortuna, y, según la fortuna también, miden la honorabilidad. (...) Todo esto se debe a la convicción (...) de que con la riqueza se puede todo* (CIC 1723). Como con el dinero se puede comprar prácticamente todo, entonces la consecuencia es que hay que tener cada vez más y más para poder vivir y gozar con plena libertad de todo lo que uno más pueda desear. El mundo, que conoce bien este apetito insaciable del hombre para poseer, potencia su deseo por medio del elaborado mecanismo de la publicidad. El otro ídolo de nuestros tiempos, en el cual el hombre busca la felicidad es la fama, o dicho con otras palabras, la notoriedad. Como dijo el Cardenal Newman: *el hecho de ser reconocido y de hacer ruido en el mundo (lo que podría llamarse una fama de prensa), ha llegado a ser considerada como un bien en sí mismo, un bien soberano, un objeto de la verdadera veneración* (J.H. Newman).

Una verdadera paradoja, sin duda, es el hecho que hoy ya no se aprecia a los hombres santos, sino que se valora sobre todo a las personas que logran tener éxito. Los verdaderos valores no son apreciados.

Hoy se valoran la fuerza, la energía, la capacidad de conseguir logros y la ingeniosidad. Hoy se premia y se reconoce como valioso todo aquello que impresiona, lo que resulta ruidoso, ingenioso y vanguardista. Muchos no se dan cuenta de la volatilidad de estos “valores”, generalmente aceptados y deseados por muchos. El éxito, la riqueza, el poder, la carrera, la fama, un trabajo bien remunerado, un puesto importante, las conquistas en el plano erótico, el placer: todas estas cosas se transforman para muchos en el único fin, el objetivo de su vida que desplaza a todos los demás valores. Entonces, dedican todas sus fuerzas y hasta están dispuestos a perder su alma para alcanzarlo. ¿Por qué? Porque en esto ven su “felicidad”; el deseo de alcanzar la felicidad es, en el corazón del hombre, muy fuerte. El hecho que el deseo y anhelo de felicidad esté tan profundamente enraizado en el corazón del hombre es un don de Dios. El problema radica no en el mero deseo de la felicidad sino en una inadecuada determinación de su objeto, es decir, del fin al cual el hombre se encamina. Hoy en día, el hombre sucumbe frente a las insidias del diablo, el cual le ofrece su propia propuesta de “felicidad”. Muchos aceptan esta propuesta (“anti-bienaventuranza”) y hacen de ella su filosofía de vida, a menudo sin tener presente que en este camino nunca encontrarán la felicidad terrena y si siguen así perderán la felicidad eterna. La vida nos demuestra eso con creces, lo conocemos de nuestra propia vida. Esa filosofía nos dice: Bienaventurados los ricos: ¡los que ponen el dinero en el primer lugar! Bienaventurados los que se entregan a los placeres: ¡la vida es muy breve y hay que sacar provecho de ella! Bienaventurados los que ostentan poder e importancia. Bienaventurados los que reciben honores y son admirados por todos. Bienaventurada la persona realista: no se puede vivir ajeno al mundo y soñar en el cielo. Feliz el que no se deja guiar por la compasión y la misericordia: los pobres, en su gran mayoría, son los culpables de su situación e indigencia. Feliz el que vive despreocupado, el que sacia a la ligera todas sus apetencias: sin rodeos, puesto que en eso no hay nada malo. Feliz quien logra lo suyo, quien no retrocede frente a los demás, pues quien no lucha por lo propio va a salir estafado. Tengo razón, ¿Por qué tengo que ceder?

Se puede observar un extraño desorden en el pensamiento del hombre sobre su felicidad y sobre el fin de su vida. Al identificar la felicidad en la tierra con el hecho de poseer y usar en abundancia los bienes de la tierra, como riquezas, honores o el poder, o también con el hecho de satisfacer los propios impulsos con placeres de todo tipo, viendo en ellos el único fin de la vida, el hombre transforma estos valores en su ideal y el objetivo de la vida. Como dice santo Tomás, el hombre busca consuelo en los afanes de la vida presente<sup>7</sup>. Si le falta lo que desea y lo que busca, a menudo se desanima y su vida pierde sentido: eso ocurre porque idolatra los bienes terrenos e incluso, a veces, lo hace sin darse cuenta. Dichos bienes constituyen también una cierta forma (a menudo inconsciente) de huir frente a los interrogantes existenciales fundamentales, a los cuales uno, antes o después, deberá darse una respuesta si no quiere perderse en la vida: ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy?, ¿para qué vivo?, ¿cuál es el fin y el sentido de mi existencia?, ¿qué es lo más importante para mí?, ¿qué busco o deseo en la vida? En la respuesta que se dé a estas preguntas habrá implícita la respuesta a la pregunta: ¿Dónde busco mi felicidad?, ¿Qué considero como felicidad? Se trata aquí de nuestro corazón, que es el centro de nuestra existencia, frente al cual todo gira y según el cual se ordena todo lo demás. Se trata aquí de lo que pensamos sobre nuestra vida. Si mi corazón (mis pensamientos, deseos y aspiraciones) está dominado por la codicia de las riquezas, honores, placeres corporales, fama etc. si estas cosas están en el centro de mi existencia, puesto que son para mí la única “felicidad”, eso significa que he perdido de vista el fin de mi vida, el fin para el cual fui creado y llamado, es decir Dios, que es Amor; fui creado para alcanzar la felicidad que radica en la unión con Él para toda la eternidad.

Para llegar a descubrir que el mismo Dios es la felicidad, el hombre debe vivir mucho, debe pasar por muchas situaciones en su vida y experimentar personalmente que todo lo que no es Dios es efímero y transitorio. En general, esto sucede por los infortunios de la vida, en

7 Cf. santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, c. 69, a. 4.

un camino en el que va cayendo en una desilusión tras otra (Sal 41,10; 73; 118,8s; 146,3s); en este camino, poco a poco se van purificando sus deseos y la comprensión que tenía de la felicidad. Entonces comienza realmente a confiar en Dios y le busca (con su ayuda) a Él como su fin último y única felicidad. Paulatinamente, su vida se va poniendo en orden.

En el Sermón de la Montaña, Cristo señala claramente donde está el fin de nuestra vida y nuestra felicidad verdadera y duradera. La verdadera felicidad está en el mismo Dios y de Él procede todo bien. Él es la fuente y el fundamento de la felicidad humana. Por lo tanto, la esencia de la bienaventuranza (de la felicidad) es la persona de Cristo. No es la pobreza, ni las persecuciones en sí mismas, lo que conduce a la felicidad, la alegría y la paz, sino permanecer en Cristo y ser uno con Él (Jn 15,1-11; 17,11-13), la relación de amor, personal y cercana, con Él y por medio de Él con el Padre en el Espíritu Santo: la participación en Su vida y compartir Su suerte. Cuando Cristo se convierte en el valor supremo y es el motivo de la felicidad del hombre, entonces ninguna situación, nadie ni nada puede separarlo de Él y privarle de su bienaventuranza. Que el hombre sea feliz o no, lo determina su relación con Cristo. La clave para comprender la paradoja de las bienaventuranzas es, por tanto, el encuentro personal con Cristo. Cristo es quien sacia el deseo humano de la felicidad. Para poder gozar de la bienaventuranza hay que haber encontrado a Cristo, acogerlo en el propio corazón y creer en el Reino de los cielos que Él anuncia, para luego entrar en él, permitiendo que el corazón se vaya transformando. Sólo quien haya colocado a Cristo en el centro de su vida, quien haya creído en Él y lo haya acogido de verdad podrá entender las bienaventuranzas. No se pueden entender las bienaventuranzas, no se pueden entender las cosas del reino de los cielos estando fuera. Hay que entrar en él. El Reino de Dios está presente en Él y Él es la viva encarnación de las bienaventuranzas, Él las cumple del modo más perfecto. Su persona y su amor hacen que incluso en las situaciones que los hombres consideran negativas, como son el llanto, la pobreza, las persecuciones, el hombre pueda ser feliz, pueda alegrarse: eso es así porque Cristo les

La espiritualidad de los apóstoles de la Divina Misericordia se centra en el misterio del amor misericordioso de Dios hacia el hombre. La fascinación por esta verdad de la fe hace surgir en los fieles el deseo de reflejarla en su propio corazón y en las obras; ello conduce a formar su vida en el espíritu de confianza para con Dios y de misericordia para con el prójimo. Para que eso se desarrolle adecuadamente, no basta con entrar en el misterio de la misericordia de Dios, sino también hay que ir adquiriendo el conocimiento y los principios que llevan a un correcto desarrollo de la vida religiosa en este espíritu.

El libro *La belleza y la riqueza de la misericordia* abarca los temas tratados en el III año de formación de la Asociación de los Apóstoles de la Divina Misericordia *Faustinum*. La temática está relacionada con la formación del adecuado concepto de la misericordia cristiana y la practica consiguiente. Hoy en día, muchas personas asocian la misericordia a la debilidad, la relacionan con la condescendencia o con la negación de la justicia. Así entendida la misericordia no nos puede llegar a fascinar y, de ahí, que eso no ayude a formar unas sanas relaciones interpersonales cristianas. Por eso, hoy es imprescindible descubrir la belleza y la riqueza de la autentica misericordia, que es la cima de la perfección cristiana. El estudio de los temas propuestos en esta publicación pretende ayudar a todos los apóstoles de la Divina Misericordia, especialmente a todos aquellos que siguen las huellas de la santa Sor Faustina.



Cena detaliczna 39,90 zł



www.misericordia.faustyna.pl